

Héctor Fuenzalida.

CUENTO DE VERANO (1)

(Conclusión)

IV

En este momento Elgar se detuvo delante del grupo que escuchábamos, y solicitó un cigarrillo.

—Me propongo no relatar prodigios. Pero lo que voy a decir es realmente prodigioso. Aquel ambiente que iba conociendo empezaba a provocarme una especie de pavor. Mis sentidos se hallaban agrandados, densos, abiertos y la persona de Madame, me producía un sentimiento extraño; lo he experimentado muchas veces: a fuerza de estudiar a una mujer bonita, despierta en mí, por momentos, una repulsión física. Pero aquella mujer a quien yo quería odiar, ahora, sólo me inspiraba un sentimiento confuso de duda o venganza. El juego me había tomado por completo y empecé a olvidar que la amaba. El notario se había puesto en pie y miraba con orgullo su jugada, extendida sobre la mesa, que creía maestra. Madame dejaba pasar los instantes. Luego con una calma graciosa, extendió sus cartas. Nadie pudo dar crédito en el primer momento.

—Escalerilla real!—exclamó don Jacinto,—escalerilla real!...

Y Elgar con las manos extendidas en forma de abanico, nos indicaba imaginariamente el juego.

—Madame también de pie—continuó Elgar,—miraba con unos ojos encantadores el prodigio. Parecía no estar orgullosa de su jugada excepcional, sino muy sorprendida y confusa. por el éxito.

Tal actitud vino a reforzar sus simpatías.

Don Jacinto se llevó las manos a las sienes con una expresión de angustia indecible, luego, retrocediendo, disparó rápidamente la silla, hizo una pirueta de cómico y murmuró:

—Esta suerte tuya me da miedo.

Ella le miró, entonces, de una manera significativa.

—¿Quiere la revancha?

(1) Ver números 83 y 84.

Pero el viejo buscaba la salida. Requirió el mac-ferlan, luego el bastón; luego dió unas vueltas en torno, ceremonioso y vivaz, balbuciendo excusas que nadie entendía. Cada vez su parecido a un murciélago era más asombroso. Por fin, habiendo atrapado la puerta, se inclinó allí muy correcto:

—Buenas noches, señores...

Como aun no sabía quien dirigía sus confidencias, deslizó a a mi oído:

—Cuidado con esa mujer. Qué manera de mirar! Trataba de hipnotizarme!

Un aletazo siniestro de su mac-ferland me dió en los ojos.

—Con la salida de el notario el juego estuvo a punto de terminar. Yo me hallaba muy disgustado por no haber podido intervenir en las apuestas. Pero en este momento entró Robledo. Cruzó el grupo de gentes, y golpeó con el canto de las barajas en el tapete verde:

—Yo tomo la banca. ¿Quién juega conmigo?

Todos nos miramos las caras sin decidirnos. Madame ya no estaba allí. Entonces, me adelanté.

—Yo juego, Robledo,—le dije encarándome.

—Muy bien, señor literato...—me respondió muy lentamente con una mofa quemante. Me gustan los hombres apasionados. Juguemos solos como se juega a una mujer!...

Entendí inmediatamente la alusión y puse un billete fuerte sobre el tapete. Robledo hizo un aspaviento de cómico asombroso, cruzó el billete, y dió las cartas. Venía muy perfumado; y ya no me cabía dudas que había estado en la alcoba de Madame. El primer juego me favoreció a mí.

¿No han jugado nunca Uds., con la suerte de un niño? En el juego ocurre como en la vida: cuando menos nos preocupamos de ella, más nos favorece. Haga lo que haga el niño, siempre la vida alerta, le protege. Al hombre maduro, al vencedor del destino, al que posee todas las experiencias, la vida no le perdona sus errores, y cada vez que le tiene a mano, le presenta la lucha, le atrapa o lo aniquila... Yo no jugaba por jugar, yo quería vencer mi timidez, mis prejuicios y la ganancia sólo me daba ánimos en este sentido. Me volví brusco, insolente y mordaz. Sentía fluir de mi lengua ese ingenio cortante y helado, con que el héroe, adorna sus instantes supremos, para hacer realzar su osadía... Y mientras la gente que no comprendía mi gozo, observaba venalmente mi ganancia, con el cuidado que no fuera a perderlo todo a la primera de manos, yo me entregaba ciegamente a aquel vértice en el solo deseo de vencerme. Llegué a

superarme, a admirarme de mis condiciones. Pero súbitamente, reconocí la voz de Madame a mis espaldas. Había vuelto. Sin verle el rostro, oí que comentaba, visiblemente consternada, la fuerza de mi entusiasmo, y manifestaba que si los niños jugaran sólo instintivamente, serían los favorecidos de la suerte, pues el juego engaña a los débiles para tentarlos.

Estas palabras me hirieron profundamente, y mi valentía quiso vencer el vaticinio que envolvían. Empecé a estudiar mi juego, a jugar inteligentemente. Este fué mi error. Mi juego intuitivo, era muy superior a mis combinaciones; y conociendo apenas las reglas del juego, empecé a hacer apuestas formidables. No obstante, la suerte siguió favoreciéndome. Robledo había perdido hasta la sonrisa, mientras yo doblaba con furor. No sé qué cara tenía en aquel instante. Pero era tal mi agitación que la gente empezó a mirarme con cuidado. Cuando veía tambalearse a mi rival, le ofrecía nuevas apuestas...

Pero, de pronto, Robledo, muy pálido, se puso en pie, y dió un gran resoplido, volviendo a sonreír.

—Voy a cambiar de postura. Hay que morir en pie como los romanos.

Sería cosa del azar. Desde este momento Robledo, con escasas alternativas, empezó a ganar. Su insolencia llegó a serme insoportable. Me llamaba aniquilándome: «hijo mío», «niño atolondrado», «torbellino del éxito»... y lanzaba los naipes con garbo agresivo.

Madame se había acercado a la mesa y colocada detrás de mí, empezó a animarme, indicándome las cartas que debía jugar. Pero todo fué inútil, Robledo se llevó toda mi ganancia. No obstante yo había ganado la simpatía de todos... Viéndome vencido, Robledo me ofreció una nueva postura. Yo no tenía ya un solo centavo.

Entonces me levanté, y con un ademán amplio lancé las cartas al rostro del mejicano.

No recuerdo bien lo que ocurrió en ese instante. De pronto me ví en el suelo con un ojo ensangrentado. Distintamente ví el rostro de Madame, afligido, que decía en voz alta:

—Deténgase, Robledo!... Repare que es un niño!...

Alguna gente me rodeó exigiéndome que huyera del salón. Como me resistiera, tomaronme en brazos y me trasladaron a mi alcoba.

Cuando estuve allí, pude ver muchos rostros a mi alrededor, pero no reconocí en ninguno de ellos la fisonomía de Madame, que hacía algunos instantes viera llorosa sobre mí. Entonces pregunté:

¿Por qué no ha venido? Díganle que venga. Déjenme solo. No quiero ver a nadie....

La gente creyó que yo llamaba a Robledo y era tal la pasión de mis palabras que todos estimaron prudente retirarse sin hacer caso de mi herida.

Un momento después oí que echaban llave a la puerta de mi dormitorio y el largo silencio que siguió a estos segundos, me llenó de desesperación. El ojo sangrante me daba más vergüenza que dolor. Lloré de rabia y mezclaba mis lágrimas a la sangre que escurría libremente por mis mejillas.

¿Cuánto tiempo estuve así desesperado, cavilando, rumiando dudas y venganzas? No lo sé.... Pasado algún tiempo, una dulce fatiga me fué ganando el ánimo, y después de lavarme la herida, empecé a desvertirme lentamente. Como a las tres de la madrugada, sentí que metían una llave en la puerta, y a punto de creer que me volvía loco, ví aparecer a Madame en el umbral.

Comprendí inmediatamente que venía de la sala de juego, pues traía el rostro encendido. Yo vestía ya el largo sudario de noche, y sin hallar como defender mi intimidad ante su presencia, me coloqué rápidamente un vestón. Ella avanzó resueltamente hasta el centro de mi estancia.

—¿Qué niño es Ud.!—me dijo. Ha abandonado el salón en medio de una epopeya. Deseo saber qué le ocurre a Ud., niño caprichoso. No puedo dejarle a pesar de sus imprudencias. Debía detestarlo.... ¿Está herido?...

Yo, dominado por mi estupor y el peso de mis anteriores pensamientos, no podía articular una sílaba. Pero ella, interpretando una posible respuesta mía, siguió:

—¿Qué pensaba de mí al obrar de esa manera? Dígame todo, se lo ruego. No sé qué pensar de Ud.....

Yo le repliqué:

—Yo no pensaba en nada, Madame Leblanc. Me es profundamente antipático el señor Robledo. Nada tengo que decirle a Ud. Madame Leblanc.

Ella se mostraba nerviosísima.

—No me hable tan duramente. Poco a poco. ¿No recuerda que hemos sido amigos? Piense bien: Ud. ha cometido una falta que ha acarreado sus consecuencias sobre mí. No sabe Ud. cómo he tenido que ingeniarme, destruyendo las conjeturas de la gente. Le creen a Ud. loco y me responsabilizan de su conducta. Es la primera vez que Ud. se evidencia en el salón y su comportamiento ha sido deplorable.

—Sí,—murmuré con indiferencia, recurriendo con todos mis esfuerzos a la lógica.—Estoy loco y nada le importa a Ud. ¿Qué

pretende ahora? ¿Cree Ud. que debo dar explicaciones? ¿Qué ridículo quiere que haga ahora?

Debió encontrar entretenidas mis palabras porque sonrió tranquilizándose.

—No se precipite, amigo mío.... Cuidado! ... ¿Ud. cree que yo vengo a buscar un cómplice?—me dijo.—¿Verdad? Míreme bien a la cara. Yo vengo a hablar con mi amigo.... En una palabra: no traigo intenciones....

Yo dominaba mi timidez y mi rabia.

—Bien. Hable....—le repuse.

—Quiero que Ud. me prometa dos cosas: discreción....

Se interrumpió para mirarme detenidamente.

—¿Discreción y qué más?—le pregunté. No entiendo nada...

Ella levantó su perfil frunciendo los párpados. Tenía una actitud teatral encantadora.

—Tranquilidad, quizá, paciencia. Lo demás es muy difícil decirlo. No quiero perderlo a Ud., de ninguna manera....

—Tranquilidad, discreción.... ¿Por cuánto tiempo?

—Por toda la vida.

—Esa es una fórmula, ¿no es cierto?—dije de pronto comprendiendo, y con toda violencia agregué:—Ud. huye de la violencia de quien puede desbarajustar los planes de una mujer. ¡Qué singular! Repare que hay otros mucho más violentos que yo. Diga la verdad de una vez: Ud. huye de mí, huye de un indiscreto que se puede enamorar de Ud. Lo comprendo perfectamente.

Yo había creído expresar el máximo. Pero ella avanzó un paso con calma, y pude notar que mi exabrupto le daba aplomo y satisfacción.

—Bien amigo mío. Me agrada su actitud, su entereza. Pero no, no he tratado de ofenderlo con mis palabras. Soy la misma de antes. Recuerde cómo he sido con Ud. hasta ahora.... Yo soy una mujer sencilla, desgraciada como cualquiera otra; si Ud. quieré modesta. No he tratado de decirle nada de lo que Ud. supone. Yo quiero que Ud. termine tranquilamente sus vacaciones. En la forma que lo hace actualmente, su salud empeorará. Quiero que Ud. esté tranquilo por su bien....

Su actitud profundamente maternal, me enfureció.

—Que yo esté tranquilo,—rugí perdiendo toda sensatez,—Y por qué habría de intranquilizarme. Cree Ud. por ejemplo, —dije avanzando la cara,—que yo tengo comprometidos mis sentimientos con Ud.? ¡Qué locura! Oh! ya pasó el tiempo para eso....

Madame me miró con unos ojos encantadores.

—¿Y cómo lo sabe Ud.?

Recuerdo que en este momento en un brusco acceso, salté lejos de ella.

—¿A qué ha entrado Ud. entonces aquí?... Aquí hay un hombre que la desea!...

Mis palabras, mis gritos no la inquietaban. Tal vez no creía en mi sinceridad. Sonreía.

—No lo diga tan alto. A esta hora despertaría a la gente,—me advirtió con un ademán conciliador.—¿Qué niño más encantador es Ud.... Mire hijo mío,—agregó tomándome cariñosamente por la solapa!—¿Qué facha! Jamás le he tenido miedo a un hombre que me desea. Pero Ud....

—Ud. quiere perderme,—dije con la voz ronca, atropellando sus palabras.—Quiere perder a un niño....

Estas razones la hicieron abandonar su actitud amistosa. Visiblemente turbada, pero con dignidad, me dijo:

—Precisemos los términos. ¿Qué entiende Ud. por su perdición?

—¡Oh! Esto ya rebalsa todos los límites,—seguí yo con el mismo frenesí de antes.—¿Qué entiendo yo por mi perdición? —Yo entiendo por eso, el que Ud. haya llegado hasta aquí, que me hable de esta manera, que se acerque hasta darme miedo, un miedo cervical de tocarla, de hacerme prisionero de su encanto.....

Me detuve porque me ahogaba la respiración. De pronto me volví hacia ella decidido.

—¿Por qué no vino Ud. mañana en el día?

Ella guardó un largo silencio. Yo me ahogaba. Sentía el aire denso en torno mío, como circunscrito alrededor de mi cuello. Abrí la puerta y la dejé de par en par.

—Le ruego que me responda,—le dije con voz siseante.

—Mañana,—me respondió ella muy triste,—mañana ya es demasiado tarde. Prefiero haberlo visto tal como está.—Se detuvo mirando al suelo.—¡Oh! ¿cuando comprenderá Ud.? ¿Quién podrá decirle!... ¿Quién podrá decirle los instantes que vivo! Y qué mal me interpreta Ud. Yo le repito: no traigo intenciones. Míreme de nuevo a la cara. ¿Sabe Ud. lo que me ocurre a veces? ¿Todavía no comprende? ¿Cómo sabe Ud. si yo he venido sólo movida por el deseo íntimo a hacerle una confidencia?..

Estaba tan cerca de mí que de pronto, exclamé:

—¡Cómo! Ud. está llorando!....

Ella esquivó la mirada ágilmente.

—Esto es mucho para que lo sepa un niño....

Me sentí acometido por una ternura súbita, y olvidando mi

antiguo rencor tomé su encantadora cabeza entre mis manos y la llené de besos.

—Ud. sufre,—le dije.—¿Por qué sufre Ud.?

—¡Cuánto tiempo hace que no me hablan así! Hábleme así, hijo mío. Así, pero no tan apasionadamente, así como si fuera a una madre. Ud. me decía que todo le aburría, hijo mío. Pues bien, a mí todo me hace llorar. ¿Comprende? ¡Y qué bien se puede decir esto a un niño tan sincero como Ud.!

Lloraba ella y yo la sostenía entre mis brazos.

—Cuénteme Ud.—le dije al notar que no podía seguir conteniendo sus lágrimas.—¿Por qué es tan diferente de todos? ¿Qué misterios tiene su vida que no entiendo una palabra de ella? ¿Por qué ha recurrido a mí en esta circunstancia? Dígame como se llama Ud. Quiero saber su nombre, su verdadero nombre...

Súbitamente Madame Leblanc, me miró serenándose y con una pronunciación dura, agregó:

—Gracias, muchas gracias. Nunca olvidaré estos instantes. ¿Quiere creerme ahora que no he traído intenciones? Mi visita es un capricho que me ha servido de mucho.... Y mi vida.... un capricho también, pero que no me ha servido de nada.... Dando un profundo suspiro, ensayó una sonrisa, y siguió cambiando el tono de sus palabras:—¿No es hermoso todo esto? Ya empieza a aclarar. Mire cómo palidece el muro del frente...

Yo miré y no distinguí nada. Creí que ella lo decía para variar de conversación y le dije no sé qué piropo a propósito del alba que no veía.

Ella sonrió entonces, arreglándose el echarpe sobre sus hombros.

—Debemos despedirnos. La servidumbre empieza a levantarse luego. ¿Cuándo piensa Ud. irse de aquí?—Noté que al marcharse, lo hacía como si huyera, y al mismo tiempo, como si le fuese difícil abandonarme.—Este clima no le sienta bien,—siguió fríamente.—Ud. nunca debía haber venido a este pueblo.—Vaciló un segundo y avanzó: ¿Ha aprendido algo de mí?—Considéreme siempre muy desgraciada....y ¿no es cierto que entonces me perdonará?

Yo le atrapé los dedos y los besé apasionadamente mientras ella caminaba hasta la puerta.

—¡Qué cansancio! ¡Qué cansancio!—murmuró.

Fueron sus últimas palabras.

—

Cuando quedé solo, apagué la luz y entonces me dí cuenta que empezaba a amanecer. Me tendí como estaba sobre la cama.

Sentía su perfume en todas partes mezclado al frescor del alba y mi frente parecía que iba a estallar. Un sopor y una languidez morbosa cargaban mis sentidos. Cerré los ojos en busca del sueño, y no sé si agotado por mis emociones o embelesado por las últimas palabras de la mujer que había estado en mi alcoba, conseguí dormir unos instantes.

De pronto creí oír como si alguien, en puntillas, llegara hasta mi lecho, abrigara mis piernas, y algo tibio y húmedo se posó sobre mi frente. No sabiendo si esto era realidad o sueño, extendí vivamente los brazos, y al abrir los ojos, la luz del día me dió tan vivamente en el rostro que tuve que bajar los párpados. En la puerta había una silueta oscura, fugitiva. Duró un segundo. Cuando nuevamente pude abrir los ojos, había desaparecido.

V

Luciano Elgar se detuvo y nos observó algunos momentos en silencio. Todos estábamos mudos. De afuera llegaba mezclado al olor húmedo del jardín, el murmullo confuso de una brisa.

M. Simon avanzó hasta el ventanal, y separó la cortina.

—La tempestad ha pasado señores. Mañana tendremos un día espléndido.—Y añadió allí mismo—No salgo muy favorecido en esta historia señor Elgar. Le aseguro a Ud. que nunca he sabido quien era esa mujer extraña, extraordinaria. Pocas veces he oído hablar un francés más correcto, más francés.

Fabián de Azúa le interrumpió.

—El francés es la lengua que mejor hablan los extranjeros.

—Sí, dijo Luciano.—Madame Leblanc no era francesa, como muchas de las de su profesión. Pero hablaba admirablemente el francés. Su pronunciación castellana también engañaba a todos. Simulaba una vocalización defectuosa cuando hablaba de negocios y amaneraba la construcción de las frases.

Mostraba cierto cansancio.

—Voy a abreviar. Aún no he terminado. Al día siguiente hallé a mi tía Amelia, junto al espaldar de mi catre vigilando mi sueño. Era más de medio día, y había llegado alarmada en el tren de la mañana. En medio de infinitos reproches, me hizo arreglar las maletas para salir en la misma tarde para las termas. En vano busqué en el hotel a Madame. Ya se había marchado. M. Simon, me entregó, a escondidas, una joya y una gruesa suma de mi dinero perdido en el juego, que me dejaba. Fué esto todo.

Pasé unas largas vacaciones en las termas. El agua de la montaña con su sabor agreste y metálico enriqueció mi organismo.

Tía Amelia vigilaba mi conducta con riguroso celo, Volvimos a fines de Marzo a Bellavista, donde fuí recibido entre clamores.

Luciano sacó de su bolsillo una joya que puso a la luz. Todos acercamos unos rostros amoratados. Era un trébol de brillantes, con una cuarta hoja agorera, laboriosamente labrada sobre platino.

Esta joya enseñé a mis tías al volver a Bellavista. Las pobres señoras, presas de un espanto conmovedor, guardaron un largo silencio. Era una antigua joya de familia. Luego me pidieron explicaciones. Les relaté lo que Uds. conocen, ponderando el encanto de Madame. Tía Amelia me atajó desalentada:

—No blasfemes!—exclamó. No digas que has estado enamorado de esa mujer!

—¡Sí!—les repliqué encarándome valientemente con su indignación.—Es la mujer más extraordinaria que he conocido. Mis tías guardaron un silencio indescriptible.

Fabián de Azúa, interrumpió de pronto:

—Bueno: ¿en qué quedamos? Era o no francesa nuestra dama.

—Pues bien,—dijo Luciano Elgar sonriendo.—Era hija de franceses, nacida en el país. Estaba emparentada con algunas familias de aquel pueblo, sin que nadie lo supiera, pues nunca había vivido allí.

Fabián de Azúa se acercó violentamente:

—¿Y dice Ud. que no la ha visto más?

Elgar bajó la vista.

—Ni siquiera supe cuando murió....

Por su rostro atravesó una sombra, y bruscamente tomando una copa, exclamó:

—Era mi madre....